una madre poco cuidadosa..... Mira; está amaneciendo, ó, más bien, ya es completamente de día, y aun estás ahí cose que te cose. Eso no puede ser bueno. Además—añadió levantándose—es preciso que ya lo vayas acostumbrando á que no trasnoche.

Y dirigiéndose á la ventana que daba sobre la ría, la abrió de par en par, diciendo entre dientes:

—¡Qué revelación! ¡Era padre, y no lo sabía!

La luz del día inundó la habitación, avergonzando con su claridad los rojos reflejos del resplandor que ardía dentro del tubo del quinqué, y Jaime sondeó el paisaje y aspiró el aire de la mañana con el ansia del que siente en su ser el vigor de una nueva vida.

De repente sus ojos se fijaron en una sombra que descendía por uno de los senderos del valle, y distinguió á la mujer desconocida de la silla de posta, que, cubierto el rostro con la gasa del sombrero y graciosamente apoyada en el brazo de su doncella, bajaba muy despacio por la falda de la montaña.

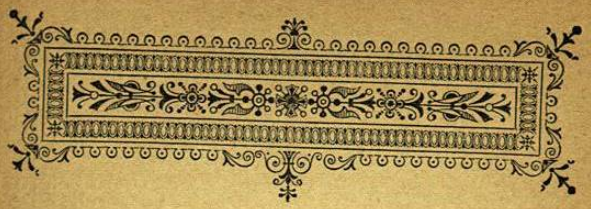
—¡Ah!—exclamó al reconocerla.

Y alzando los brazos y apretando los puños, la amenazó, como si hubiera querido confundirla.

—¿Qué es eso?—preguntó Juana.

—Nada—contestó el Vecino.—Que ya es hora de que nos acostemos.

Y diciendo y haciendo, cerró bruscamente la ventana.



VI

SUPOSICIONES

La ociosa sociedad reunida en el establecimiento había encontrado en la mujer desconocida de la silla de posta un motivo de viva y permanente curiosidad, porque es el caso que la recién llegada parecía esquivar todo encuentro con el resto de los bañistas, como si pretendiera hacer de su persona un misterio impenetrable.

Bastaba que ella no dejara verse, para que todos con igual ahinco desearan verla. Si su propósito era permanecer alejada y desconocida, convengamos en que la empresa no dejaba de ser ardua, porque había allí lo menos veinte personas asiduamente ocupadas en inventar recursos que rasgaran, digámoslo así, el velo en que se ocultaba, y rompieran al fin el aislamiento en que vivía.

El primer día se la esperó en el comedor á la hora del almuerzo; pero fué inútil, porque ella se hizo servir el almuerzo en su cuarto.

Á la hora de comer era indudable que se presentaría en el comedor; mas esta vez también se llevaron chasco los curiosos, porque pasó la comida de aquel día sin que se dignara aparecer ni en la primera ni en la segunda mesa.

Quedaba todavía el recurso del salón donde los bañistas se reunían á pasar las primeras horas de la noche, y era casi seguro que acudiría á esta cita tácita que todos se daban, en la que pasaban el rato muy agradablemente los que no tenían el mal gusto de fastidiarse.

Parecía increíble que aquella fastuosa viajera renunciara al placer de deslumbrar á la concurrencia con el gusto exquisito de sus variados prendidos; y, francamente, ¿hay muchas mujeres, por poco acostumbradas que estén á las satisfacciones de la vanidad y del lujo, que pierdan por puro capricho la ocasión de lucir una *toilette* más ó menos ruidosa?.....

Partiendo de esta suposición, bastante razonable, era muy presumible que la desconocida hiciera aquella noche su triunfante aparición en el salón del establecimiento.

La sociedad allí reunida esperó con la impaciencia de un público ansioso de emociones lo que podemos llamar el *debut* de tan misteriosa persona.

Pero el público se vió una vez más chasqueado, pens trascurrió la primera hora, y la segunda, y

la tercera, sin que asomara por la puerta del salón el objeto de la curiosidad pública.

Jamás mujer alguna ha brillado tanto por su ausencia, y preciso es reconocer que la sociedad del establecimiento tenía motivo suficiente para desesperarse de aquel tenaz retraimiento. Así es que las conversaciones, al principio tan animadas, fueron amortiguándose poco á poco, hasta que cayeron en esa indolencia, en ese fastidio, en ese abatimiento que producen los casos frustrados.

La concurrencia comenzó á bostezar, y uno á uno se fueron retirando los concurrentes, buscando en las dulzuras del sueño una gota de miel con que templar la amargura de aquel desengaño.

Así habían transcurrido tres días, sin que la dama misteriosa hubiese hecho su presentación en aquel pequeño gran mundo.

Y no era ciertamente una dolencia más ó menos grave la que la secuestraba de la amena comunicación y del íntimo trato de aquellas gentes, de suyo amenas y comunicativas, pues se había averiguado que salía del establecimiento muy de mañana, y hacía sus excursiones por los alrededores, volviendo antes de que los bañistas menos perezosos hubiesen sacudido la dulce tiranía del último sueño.

El honor de esta averiguación, confirmada por varios testigos, correspondía principalmente al gigante Goliat, al descomunal ayudante, para el que era por lo visto caso de honra militar la persecución de este desconocido enemigo que ha-

bía venido á turbar la paz del establecimiento.

Este militar pundonoroso había concebido el plan de una batida de éxito seguro, y había pasado una noche entera espiando el cuarto de la desconocida; y cuando ya el sueño lo obligaba á emprender la retirada, sintió que la puerta del cuarto se abría.

Tomó posiciones con toda la pericia de su estrategia, y la vió salir, y deslizarse, y perderse como una sombra á lo largo de la galería, desapareciendo en el hueco de la escalera.

Entonces este militar bizarro, algo aligerado de ropa, corrió á ceñirse su arrogante cazadora y á calzarse sus botas de campaña; echó sobre la ceja derecha el ala de su sombrero de paja, y guiñándose confidencialmente el ojo izquierdo, se atusó los bigotes, tomó los guantes, y se lanzó en persecución del enemigo.

Pero el enemigo huía sin dejar rastro de su paso, y después de una exploración minuciosa é inútil, volvió al establecimiento, no muy satisfecho de su fortuna.

Detúvose en la puerta meditando un nuevo reconocimiento, cuando, apoyada en su doncella y velado el rostro por la gasa del sombrero, la vió venir con paso lánguido é indiferente, dirigiéndose al establecimiento con suma lentitud.

El ayudante la esperó, y al pasar le hizo un saludo que recordaba sus tiempos de cadete, y por el que sólo obtuvo una ligerísima inclinación de cabeza.

Cuando la generala se enteró de esta desgraciada excursión del ayudante, echó todo el vinagre de su genio en la expresión de su fisonomía, ya de suyo agria, y con acento varonil dijo:

—¡Oh!..... es una curiosidad impertinente, que me parece de malísimo gusto.

Al oir estas palabras de acerba crítica, que demostraban la severidad de su juicio, la viuda pisó con mucho disimulo el pie de la que se hallaba junto á ella, y ésta bajó los ojos para sonreirse.

Evidentemente la mujer desconocida iba á dar juego.

Por de pronto, la generala no disimulaba su desagrado, y el terrible Goliat, por su parte, no retrocedía en la empresa, y aunque á salto de mata, proseguía en el empeño de la persecución comenzada.

La viuda, por puro entretenimiento, sabía excitar el amor propio del gigante, y el público que estaba en el secreto se divertía esperando una escena hasta cierto punto trágica.

Para entenderse entre sí los que estaban en el complot, habían puesto al ayudante el nombre de Jasón y á la generala el nombre de Medea.

Entretanto la desconocida continuaba inaccesible; hasta entonces no se había presentado en el comedor, ni se había dignado aparecer en el salón, donde se la esperaba inútilmente todas las noches.

Á pesar del velo con que tenazmente llevaba cubierto el rostro, los que la habían visto de cerca

hacían de su belleza grandes encomios, acerca de los que se discutía largamente.

La viuda no tenía inconveniente en creer que era una mujer encantadora, advirtiendo á la vez que las alabanzas de los hombres deben tomarse siempre á beneficio de inventario.

En lo que convenían todos era en que poseía el aire distinguido de las mujeres de buen tono; y aunque la generala hacía gestos de desdeñosa incredulidad, se tenía por cosa cierta que era muy joven.

Pero bien; ¿quién era esta mujer verdaderamente desconocida, que gozaba el privilegio de atraer hacia sí la atención de aquellas gentes, por lo común acostumbradas á la rapidez de las impresiones que se experimentan en la vida del gran mundo?.....

Semejante pregunta venía á ser como la llave que abría de par en par las puertas espaciosas de todas las suposiciones.

¡Su nombre!..... He aquí la primera obscuridad con que se tropezaba.

Nadie había oído pronunciarlo.

Sus criados la designaban siempre con este tratamiento exclusivo y respetuoso: *La señora;* y los sirvientes del establecimiento, adoptando la misma fórmula, no la conocían más que por *la señora.*

Siempre que la generala la oía nombrar de este modo se abanicaba con violencia, golpeaba el suelo con la planta del pie, y decía:

—¡Oh, la señora!.....: como si no hubiera otra en la casa.

Se había consultado el catálogo de todas las personas visibles del gran mundo, y no se encontraba ni un nombre ni un título que pudiera acomodarse á su persona.

De la misma manera se había registrado hasta el último rincón de los salones, y nadie recordaba haberla visto antes en ninguna parte.

En vista de este dato estadístico irrecusable, se formuló la primera suposición, contenida en estas palabras:

«Señores, no es española.»

Al pronto esta averiguación se tuvo por indudable, y se dedujo que debía ser inglesa.

Un diplomático que acababa de ser agregado á la embajada de Londres era el mantenedor de este parecer, en atención á que se trataba de una mujer alta, rubia y de ojos azules.

—Es seguro—decía:—conozco perfectamente el tipo inglés, y sostengo que es hija legítima de Inglaterra. El retraimiento en que vive lo atestigua. No conoce á nadie, y, por lo tanto, no ha encontrado quien nos la presente. Sin esta formalidad de la etiqueta inglesa la severa *lady* permanecerá eternamente encerrada dentro de sí misma.

Semejante suposición hizo fortuna por algunos momentos, y se la tuvo por inglesa de pura raza. Pero uno de los que se hallaban presentes observó una circunstancia, que él casualmente había advertido.

Entre las cartas llegadas en el correo de aquel día, había una en cuyo sobrescrito se leía:

«Madame Albert.»

Esta carta era para la desconocida.

Con semejante dato la suposición del diplomático cayó por tierra, y quedó convenido casi por unanimidad que era francesa.

Mas el médico del establecimiento opuso á ello una dificultad bastante atendible, á saber: que *la señora* hablaba el castellano con toda pureza, sin que descubriera en su acento rastro de ninguna lengua extranjera.

En resumen: después de tantas averiguaciones, no era posible asegurar con certidumbre á qué nación pertenecía.

Es verdad que se acababa de adquirir el dato auténtico de un nombre escrito en el sobre de una carta; mas este nombre vulgar y obscuro no derramaba luz ninguna sobre la persona á quien iba dirigida.

En efecto: la pregunta era la misma: ¿Quién era *Madame Albert?*.....

Como era natural, siguieron las suposiciones.

Y se comprende perfectamente el obstinado empeño de tanta curiosidad. *Madame Albert* era necesariamente alguien. Pues bien: ¿quien era *Madame Albert?*

Su nombre y su persona no bastaban; se hacía indispensable inquirir algo más. Si llevara un título á lo menos de marquesa ó un apellido ilustre en los fastos del arte; si fuera una *prima donna* furiosamente aplaudida en los principales teatros de Europa, ó una notabilidad ecuestre de las que más arrebatan en los circos olímpicos, ya sería otra cosa; pero *Madame Albert*, alta, rubia, bella y joven, venía á ser como un misterio, que era preciso descifrar.

El nombre y la persona no se veían más que como los dos términos de un problema, cuya incógnita era ella misma.

Las pretensiones de la sociedad reunida en el establecimiento, justo es convenir en ello, no traspasaban los límites de lo razonable. De la noche á la mañana cae allí, como llovida del cielo, una *Madame Albert* que se anuncia como las tempestades por medio del trueno, que esquiva todo trato, que huye de toda compañía. ¿Quién es esta *Madame Albert?* Se ignora.

Viaja en silla de posta, la sirve una doncella que no se separa de su lado, y la acompaña un mayordomo que sonríe muy finamente y que evade con candorosa ingenuidad todas las preguntas que se le dirigen, y, ¡cosa bien natural! se desea conocerla antes de haberla conocido.

¿Quién es?.....

—Puede ser una princesa que viaja de incógnito.

—¡Oh!—exclama la generala.—No lo creo.

—Puede ser también una mujer que tenga poderosos motivos para huir de un marido terrible y celoso.

—Lo dudo—añade la viuda.—Ya no hay maridos celosos.

—¿Quién sabe—advierte un tercero—si ocultará en su corazón la pena de algún triste desengaño?

La generala, dirigiéndose al ayudante de su marido, le pregunta con imperio:

—¿Y usted qué piensa, caballero?.....

—Pienso que *Madame Albert* no es *Madame Albert.*

—¡Hola!—exclama la generala.—¿Y como ha hecho usted esa averiguación tan luminosa?.....

—Yo, señora—le contesta el gigante Goliat—me he permitido suponerlo.

Esta era la conversación continua. En la mesa, en paseo, en las reuniones, en el salón, bailando, jugando, en fin, hasta durmiendo era *Madame Albert* el objeto misterioso de aquella curiosidad sobreexcitada.

Y nada se inquiría, absolutamente nada; todas eran suposiciones.

VII

EL HILO DE LA INTRIGA

La presencia de *Madame Albert* había eclipsado en cierto modo la celebridad del Vecino. Es verdad que él, por su parte, no parecía muy interesado en el descubrimiento en que se hallaba empeñada la curiosidad de los bañistas.

Se mostraba reservado y retraído; y por uno de esos cambios repentinos tan propios de los caracteres impresionables, aparecía hasta taciturno, como si un pensamiento íntimo absorbiera su locuacidad.

En otra ocasión se habría notado mucho un cambio tan inexplicable; pero á la sazón se hallaban los ánimos preocupados y distraídos con la misteriosa persona de *Madame Albert*, y no reparaban en ello.

No obstante, para la viuda, que era de suyo

observadora, no pasó inadvertido, é hizo notar la singular coincidencia de que el loco del Vecino hubiese sentado la cabeza precisamente desde la llegada de la desconocida al establecimiento, haciendo sugerir la sospecha de que entre ambos existía alguna inteligencia.

—Por lo menos—decía—el Vecino sabe quién es *Madame Albert.*

—Sí, sí—exclamaban otros;—está en el secreto; su propia reserva lo vende. Siempre que nos oye hablar de ella frunce el entrecejo, afecta un desdén sospechoso, y ladea la conversación. Estos indicios son vehementes.

—Ayer tarde—añadió uno de los circunstantantes—se le escapó una confesión preciosa.

—¡Preciosa!—exclamaron muchos á la vez.—¡Y la ha tenido usted guardada hasta ahora!

—Verán ustedes: paseábamos solos, y habíamos agotado ya muchas conversaciones. Empezaba á obscurecer, y caminábamos silenciosos. El crepúsculo, señores, es la hora de los misterios y de las meditaciones. De repente vi flotar por un sendero que baja de la montaña el velo del sombrero de *la señora.* «¡Hola!—exclamé:—allí tenemos á *Madame Albert.*» En efecto: era ella, que descendía lentamente, apoyada, como siempre, en el brazo de su doncella. El Vecino alzó los ojos, y se encogió de hombros. Yo le dije: «Vamos despacio; ella baja al camino que nosotros seguimos, y podemos encontrarla. Indudablemente se dirige al establecimiento, y nosotros también seguimos

la misma dirección. Nada más justo que saludarla, y nada más fácil que emprender una conversación que nos abra las puertas, tan tenazmente cerradas, de su trato. Nuestro triunfo será completo si nos ven entrar con ella en el establecimiento: habremos puesto una pica en Flandes.—No aspiro á semejante gloria—me contestó.—¡Oh!—añadí:—es una mujer hermosa, que reune al atractivo de su belleza el misterio de su conducta.—Pues bien—me replicó:—apresuremos el paso, porque no quiero encontrarla; la detesto.—¿Qué razón hay para aborrecerla?—le pregunté yo admirado.—¡Diablo!—exclamó.—¿Olvida usted que estuve á punto de ser aplastado por los cascos de sus caballos y por las ruedas de su silla de posta?..... Vivo de milagro, y no es ciertamente á ella á quien le debo la vida. ¡Y en qué ocasión! Imagínese usted que hoy, día de la fecha, daría todos los años que me quedan de existencia sólo por seguir viviendo.—¿Tan necesaria—le pregunté sonriéndome—le es á usted la vida en estos momentos?—Mucho—me contestó.—¡Friolera!» Y poniendo la mano confidencialmente en mi hombro, añadió: «Voy á ser..... nada..... es una niñería..... en fin, yo soy feliz, y basta.» Soy hombre de mundo, y no creo fácilmente en la felicidad de nadie; así es que moví la cabeza con aire dudoso. Miróme fijamente, sin disimular la lástima que le inspiraba, y me dijo: «Comprendo todo el valor de esa duda. ¿Ha soñado usted alguna vez con la aparición misteriosa de una cabeza rubia de ojos azules y

boca sonrosada?..... Tampoco yo había soñado con ella hasta ahora.—Eso quiere decir.....»—le interrumpí yo.—Pero antes de que terminara mi pregunta, me contestó: «Quiere decir pura y simplemente que soy dichoso.» No esperó una nueva pregunta, y alejándose de mí, me dejó en medio del camino con la boca abierta.

En honor de la verdad, esa era la situación de los oyentes: todos estaban con la boca abierta, y el narrador del suceso se detuvo algunos instantes para saborear el éxito de su relato. Después dijo:

—La confesión no puede ser más explícita: he aquí el resumen: detesta á *Madame Albert;* es dichoso, y sueña con una cabeza rubia de ojos azules y boca sonrosada. ¿Qué tal?..... Ahora bien: ¿se entienden?..... Parece indudable. ¿Desde cuando?..... No se puede fijar la fecha; mas debe presumirse que la cosa es ya antigua. Acaso la presencia aquí de esta señora desconocida y misteriosa no sea más que una cita.

Ninguna objeción se levantó contra este parecer; antes por el contrario, se añadieron nuevas razones para confirmarlo, reanudándose la conversación de esta manera:

—Por eso—decían unos—el pícaro Vecino vive alejado del establecimiento.

—¡Ya se ve!—añadían otros: no era cosa de que trajera aquí á su mujer á ser testigo de sus aventuras. Así está á cubierto de un percance.

—Y su mujer no ha de ser muy fácil de manejar.

—¡Ca! Por lo que se ve, es una especie de hurón, siempre metida en su madriguera.

—¡Pues! una fierecilla doméstica..... que probablemente será celosa; es decir, una mujer insufrible.

—Y ahora caigo—dijo la viuda;—la expedición que hizo al valle de Loyola no tuvo más objeto que ir á esperarla.

—¡Oh! sin duda—exclamó la generala, dejando caer sobre el gigante Goliat una mirada olímpica.

—Y es claro: la historia del camino, todo aquello de haber sido atropellado por la silla de posta, no fué más que una invención.

—Invención, por cierto, no muy creíble.

La viuda miró al Ayudante arqueando las cejas: quería decirle:

«Amigo mío, ha llegado usted tarde.»

Él se mordió los labios, irguiéndose, sin embargo, como un soldado impertérrito que está resuelto á quemar hasta el último cartucho.

Al mismo tiempo la generala soltó una carcajada estrepitosa, que resonó como el redoble de una banda de tambores.

Como se ve, la sociedad del establecimiento tenía en su mano el hilo de aquella intriga. Estaba, pues, descubierto el secreto de *Madame Albert*, y desde aquel momento cada uno iba á constituirse en espía de sus acciones.

No se puede decir que hubiera un complot convenido y acordado de antemano; mas cada uno

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

de por sí había concebido el proyecto de una sorpresa.

Ninguno se resignaba á ser, digámoslo así, encubridor ó cómplice de un amor culpable; y no teniendo á la mano otra pena que imponer á los delincuentes, justo era que cayera sobre ellos el castigo del escándalo.

Y bien: ¿quién había de escandalizarse, si todos estaban en el secreto?.....

La conversación que en sus puntos principales hemos seguido se suscitó durante la comida de la primera mesa, y el general, más atento á las necesidades de su apetito que al interés de lo que se hablaba, guardó silencio mientras duraron los platos fuertes, en los que por lo visto encontraba su paladar más sustancia que en el asunto que á la sazón era objeto de tantos comentarios.

Pero, una vez en los postres, satisfechas ya las primeras exigencias un tanto voraces de su estómago, se creyó obligado á tomar también parte en la conversación, y dijo:

—Ahora sólo falta que esa misteriosa rubia tenga un marido algo ligero de genio y un poco pesado de manos, y que de la noche á la mañana caiga aquí como por la chimenea, y nos sorprenda á todos, dándonos el espectáculo de una escena ruidosa.

—En ese caso—advirtió la viuda—el desenlace de la comedia sería completo; tendríamos por fin de fiesta un divorcio y un duelo.

—¡Un duelo!.....—exclamó el general.—Nada

de eso. Creo que los hombres deben batirse por todo, menos por la mujer propia.

—Gracias—dijo la generala.

—Un duelo—insistió la viuda—no quiere decir una escena sangrienta en que caiga uno de los dos atravesado de un balazo ó de una estocada: eso pertenece al género patibulario. Yo hablo de un duelo más razonable, más en armonía con la dulzura de nuestras costumbres; duelo de mero espectáculo, en que un discreto rasguño ponga término á la contienda. Esto es más humanitario, más corriente, más admitido.

—Sin duda—afirmó la generala.

—Además—añadió el general—el papel de marido celoso es un papel muy triste. Es un personaje cómico que tiene el privilegio de excitar la hilaridad.

—¡Vaya!—exclamó una voz dulce y musical.—Otelo no me parece un personaje risible.

—Señorita—replicó el general:—perdone usted la aspereza de mi juicio; pero tengo á Otelo por un insigne badulaque. ¿Á qué viene aquel asesinato brutal?..... ¿Á qué viene aquel suicidio insensato?.....

—Vamos, general—preguntó la viuda:—¿qué hubiera usted hecho en su caso?.....

—¡En su caso!—repitió riendo á carcajadas.—En su caso habría hecho lo mismo que hago ahora; reirme, reirme con todas mis fuerzas. ¿Qué tal señor ayudante? ¿no hubiera usted hecho lo mismo?

—Lo mismo, mi general—contestó el ayudante.

El que había promovido esta conversación con el relato que antes hemos referido, intervino diciendo:

—Otelo no es en rigor el ejemplo más propio que podemos encontrar en el teatro. Me parece que viene más de molde *El Médico de su honra.*

—En aquellos tiempos—replicó el general—era, por lo visto, fácil administrar á una mujer infiel el remedio de una sangría suelta; pero hoy sería imposible: el horror de la sociedad y el rigor de la ley caerían sobre el culpable. Nada de eso. A mí no me gusta matar más que en la guerra: con la Ordenanza en la mano soy capaz de fusilar á mi padre; fuera de ahí, no mato.

—Venimos á parar—insistió la viuda—en lo que he dicho: no queda más recurso que el duelo y el divorcio.

—El duelo sería exponerse á dejarla viuda, y en cuanto al divorcio, equivaldría á concederle la licencia absoluta, la libertad completa.

—¿Y qué hacer entonces?

—Reirse, señora; reirse.

—Es el sistema más cómodo—añadió otro de los circunstantes;—pero yo apelaría al recurso de encerrarla en un convento.

—¡En un convento!..... —exclamó el general.—¿Y cómo?..... Las leyes la protegen, y como ella no quisiera encerrarse, le sería á usted imposible encerrarla. Más bien puede hacerse que pierda el juicio. Un marido engañado puede considerarse con derecho á hacer creer que su mujer está loca, y en ese caso, nada más natural que encerrarla en un manicomio.

Miró la viuda atentamente al general, que en aquel momento doblaba la servilleta y la ponía sobre la mesa; la generala tosió como si se la hubiera atravesado algo en la garganta, y uno preguntó:

—Y bien: ¿qué se haría con el cómplice?

—Con el cómplice—contestó el general—no sé; pero yo, puesto en ese caso, lo entregaría á los terribles puños de mi ayudante, que, celoso del honor de su general, daría de él muy buena cuenta; estoy seguro de ello.

Goliat se inclinó en señal de asentimiento, y esta inclinación debió hacer que la sangre afluyera á su rostro, porque se puso encarnado como un tomate. Tal vez se sonrojara de pura modestia.

Circuló por la mesa una sonrisa imperceptible, y el general, levantándose, dijo:

—El hecho es que hemos cogido el hilo de la intriga, y ya sólo nos falta el marido celoso.

—¿Vendrá?—preguntó la viuda, tomando el brazo que el general le ofrecía.

—Es posible, señora—le contestó:—es muy posible que venga.

A la vez la generala tomaba el brazo del ayudante, y le decía en voz baja:

—Está usted en ridículo con sus desdichadas pretensiones sobre *Madame Albert*, y ahora ha

incurrido usted en la inconveniencia de ponerse encarnado como una remolacha.

Esta vez no fué al rostro del gigante adonde se agolpó su sangre; antes bien pareció que toda ella fué á refugiarse en su corazón, porque se puso pálido como la cera.

Después de comer era la hora del paseo, y todos los asistentes á la primera mesa, por orden de parejas ó en pequeños grupos, salieron del establecimiento á respirar el aire fresco de la tarde, llevando cada uno más ó menos enredado su ánimo en el descubierto *hilo de la intriga*.

VIII

NUEVOS DATOS

A pesar de lo que hemos visto, aun había quien dudase que, en efecto, entre la desconocida y el Vecino existiera alguna misteriosa inteligencia.

No consideraban bastante fundados los indicios hasta entonces conocidos para aventurarse á tener por cosa segura la existencia real y positiva de aquella especie de drama, probablemente más imaginado que verdadero.

Por otra parte, *Madame Albert* incurría en grave imprevisión haciendo de su vida un misterio, que naturalmente había de despertar la curiosidad y atraer sobre su persona la atención de las gentes que á la sazón ocupaban el establecimiento.

Podía muy bien tener con el Vecino las más